

IN MEMORIAM JOAQUINA CANOA

¿Quién no la recuerda con su paso vivo, aunque algo inseguro, siempre con prisas? Estábamos acostumbrados a verla por los pasillos y sobre todo haciendo fotocopias, muchas fotocopias, siempre preocupada por sus clases. Y por sus estudiantes. Nerviosa, manoseaba sus papeles, hablaba por los codos, escuchaba más bien poco.

Joaquina Canoa se incorporó al Departamento en octubre de 1979. Dedicada durante años al cuidado de su padre y hermanos, se había puesto a estudiar tarde, descubriéndose una firme vocación académica. Ganó unas oposiciones de Teoría de la Literatura y las circunstancias sólo le permitían ocupar una plaza en Bellaterra. Discretísima, se incorporó casi pidiendo disculpas, inquieta por si desplazaba a alguien. No quería molestar y no molestó, al contrario. Lo cierto es que, tolerante y flexible como demostró ser, se integró muy bien y se sintió cómoda e hizo que nos sintiéramos a gusto con ella. Y no le resultó fácil el traslado. Más de uno de nosotros recuerda que guardaba parte de su ropa y objetos personales en su despacho, donde a primera hora de la mañana se la podía ver dando los últimos toques a un peinado difícil. Y no es que fuera presumida. Se aceptaba a sí misma, decía que no tenía arreglo, tanto que, cuando un verano (para no perder clases) se operó de la vista y dejó de necesitar las gafas, siguió vistiéndolas porque formaban parte de su cara.

Tuvo un momento muy difícil cuando un azar administrativo la obligó a jubilarse en 1990. No lo escondía: no quería irse. Enseñar, investigar era su vida. ¿Qué iba a hacer ella en Vigo?, decía. En las condiciones que fuera, pero ella quería seguir dando clase y que se le dejara una mesa en un despacho. Con eso se daba por satisfecha. Fue una suerte para ella que, en 1992, la UAB le concediera la condición de profesora emérita. Reemprendió las clases con mayor brío si cabe y fuerza es reconocer que su aportación y entusiasmo contribuyeron muchísimo a la puesta en marcha de la licenciatura de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Estaba encantada entre colegas mucho más jóvenes y no le hacía ascos al peso de la docencia que le correspondió en un proyecto que la ilusionaba como al que más.

Nos impresionó un día cuando nos contó, con suma modestia, que tenía que viajar a Vigo cada fin de semana porque, a raíz de un desafortunado accidente en que murió un hermano suyo, se había tenido que hacer cargo de sus sobrinos. No sólo supo compaginar sus clases y los nuevos y urgentes deberes familiares, sino que nos asombró cuando, al verla repiquetear en la mesa con los dedos, nos dijo, sin darle mayor importancia, que estudiaba Morse para poder así renovar la licencia de radioaficionado de su fallecido hermano. Su propósito era conservar la licencia y la emisora y que luego sus sobrinos, cuando llegaran a mayores, decidieran. La verdad es que podía ser muy cariñosa, aunque no lo dejara notar porque era también muy reservada. Y tenía un gran sentido del humor que no exhibía tanto como hubiera debido.

La jubilación definitiva, inevitable ahora, llegó en 2002. No había forma de prolongar su estancia entre nosotros. Además, le empezaban a flaquear las fuerzas. Aún así, siguió viviendo en Barcelona porque había llegado a sentirse cómoda en la ciudad. Y venía de vez en cuando al Departamento, donde siguió conservando durante un tiempo su despacho y sus papeles. No llegó a culminar su libro sobre el teatro contemporáneo al que había dedicado muchos años de investigación. ¡Una lástima! En sus últimas visitas venía acompañada porque le costaba andar y hablaba más atropelladamente y escuchaba aún menos. Casi no nos dimos cuenta de que dejamos de verla. Se fue tan discretamente como llegó.